RAIMUNDO LULIO.

Á UN AMIGO DE LA INFANCIA.

Acoge cariñoso,
como sencilla ofrenda que tributo
á nuestro antiguo afecto,
mis pobres cantos de *Raimundo Lulio.*

Esta doliente historia
encierra un grave pensamiento, oscuro
quizás, porque mi musa
ni engrandecerle ni aclararle supo.

De la atrevida ciencia
que huye de Dios, y en su rebelde orgullo,
con sus fulgores sólo
quiere llenar los cielos y los mundos;

de esa ciencia á que rinde
la vanidad del hombre ciego culto,
y que persigue siempre
con sacrílego afán y ardor impuro;

por quien, obedeciendo
de su apetito al indomable impulso,
mancha las sacras aras
y á Dios disputa su poder augusto:

en Blanca, en esa hermosa
Blanca, sueño y delirio de Raimundo,
el símbolo terrible,
el triste emblema presentar procuro.

¡Ay! cuando devorado
por insaciable sed, loco y convulso

piensa alcanzar el hombre
de su soberbia el anhelado fruto;

¿qué encuentra? Eterna duda,
eterno hastío entre el placer oculto,
y bajo regias galas
la horrible podredumbre del sepulcro.

Mas, no porque condene
esos que errores de la ciencia juzgo,
para extirparlos pido
el auxilio sangriento del verdugo.

Impuestas por la fuerza,
ó por la vil superstición del vulgo,
odiosas me serían
la verdad y la fe que ansioso busco.

Hijo soy de mi siglo,
y no puedo olvidar que por el triunfo
de la conciencia humana,
desde mis años juveniles lucho.

Por bárbaro rechazo
de la brutal intolerancia el yugo,
y quiero en campo abierto
libremente lidiar con el absurdo.

11 de Febrero de 1875.

CANTO PRIMERO.

PROFANACIÓN.

Como el radiante sol cuando declina,
la vida con sus últimos reflejos
nuestros fríos recuerdos ilumina,

y vemos todos al llegar á viejos,
el muerto bien que la memoria guarda
más rico de color cuanto más lejos.

Hoy que la edad me postra y acobarda,
mi pasada ilusión cruza furtiva,
al través de los años más gallarda.

¡Oh visión misteriosa y fugitiva,
que remontaste apresurada el vuelo
al centro de la luz eterna y viva!

¡Oh Blanca mía! ¡Oh Blanca de Castelo,
á mis ojos tan casta y luminosa
como las mismas vírgenes del cielo!

Resplandecían en tu faz hermosa
el ampo de la nieve inmaculada
y el matiz perfumado de la rosa.

Y era tanto el poder de tu mirada,
tan intensa su luz, que sus destellos
penetraron en mí como una espada.

Coronaban tu frente los cabellos
como rayos de sol entretejidos,
para que el alma se prendiera en ellos.

Y estaban mis potencias y sentidos
suspensos del aliento de tu boca,
tierno regazo de ósculos dormidos.

Te ví y te amé con la pasión más loca
que puede contener el alma humana
cuando en la altura de sus sueños toca.

¡Cuántas veces al pie de tu ventana,
siempre cerrada para mí, llorando
me sorprendió la luz de la mañana!

Jamás tu acento melodioso y blando
dió forma á una promesa lisonjera,
y entre el cariño y el temor luchando,

á un tiempo mismo generosa y fiera,
parecían decir á mi deseo
tus ojos: ¡nunca!—y tu silencio: ¡espera!

¡Ay, qué terrible incertidumbre! Creo
que es menor la ansiedad, menor la duda
con que el fallo mortal aguarda el reo.

Mas siempre, siempre en la contienda ruda
de mi invencible amor, sombra querida,
te hallé á mi ruego impenetrable y muda.

¡Qué miserable vida fué mi vida!
Brotaban los sollozos de mi pecho
como estalla la llama comprimida.

Y de noche, agitándome en el lecho,
de día, persiguiéndote incesante
con la torpe insistencia del despecho,

cuanto menos querido, más amante,
miraba trascurrir, ardiendo en ira,
como un siglo de angustias cada instante.

¡Qué solitario y tétrico suspira
el corazón que osado se levanta
y en su delirio á lo imposible aspira!

La esperanza del hombre es arpa santa:
pulsa la fe sus cuerdas, y sublime
en medio del dolor, preludia y canta.

Mas si con mano bárbara le oprime
el vil recelo, estéril y cobarde,
en medio del placer, se rompe y gime.—

Haciendo de mi amor público alarde,
por las calles de Palma te seguía
una tarde de Abril. ¡Qué hermosa tarde!

El sol su excelsa majestad hundía
en el seno del mar, con sus fulgores
arrebolando el término del día,

y llenaban el aire esos rumores
que despiertan, abriendo su capullo
á los besos del céfiro, las flores.

De las palomas el sentido arrullo,
el sonoro bullir de las corrientes,
del viento y de las hojas el murmullo,

todo inspiraba al corazón ardientes
y tenaces deseos; todo amaba,
áuras y flores, pájaros y fuentes.

En árabe corcel, que levantaba
nubes de polvo al estampar su huella,
y el duro freno indómito tascaba,

en pos de tí, que pudorosa y bella
recatabas la faz, con paso lento
iba yo á impulsos de mi negra estrella.

Súbito, arrebatado pensamiento
turbó mi juicio y removió las heces
de mi amargo pesar y mi tormento;

recordé con furor tus esquiveces,
sentí en el corazón la mordedura
de la sospecha ruin, una y mil veces,

y descompuesto, ciego, en mi locura
al inquieto corcel piqué la espuela,
para alcanzar por fuerza mi ventura.

Tú, como el ave que azorada vuela,
lanzaste un grito de terror, el grito
de la honrada virtud que se rebela.

Sin duda el hondo torcedor maldito
que excitaba mi afán y mis enojos
debiste ver en mi semblante escrito,

porque cayendo atónita de hinojos,
rígida y sin color como una muerta
volviste á mí los espantados ojos.

—La calle estaba, por tu mal, desierta,—
y ya creía en mi febril anhelo
fácil el triunfo y mi ventura cierta,

cuando de pronto, alzándote del suelo,
hacia una iglesia gótica cercana
avanzaste veloz, clamando al cielo.

Muda de asombro y confusión la anciana
que te seguía, penetró contigo
en la augusta basílica cristiana,

y yo ¡insensato!—con horror lo digo,—
provocando de Dios el justo fallo
al bruto indócil apliqué el castigo;

hizo sonar su endurecido callo
en las losas del átrio, y de repente
dentro del templo me encontré á caballo.

Lo que entonces pasó, no habrá quien cuente:
sé que al verme llegar pálido y fiero
corrió sordo rumor entre la gente;

que trastornado yo, pero altanero,
en torno las miradas revolvía,
acariciando el puño de mi acero,

y que con pompa abrumadora y fría
un helado cadáver en la cumbre
del enlutado túmulo yacía.

De los blandones la rojiza lumbre
reverberando en los bordados de oro,
el pasmo de la absorta muchedumbre;

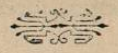
de la terrible música el sonoro
raudal, que con los rezos confundido,
inundaba la nave desde el coro;

el ronco *Miserere*, ese gemido
de nuestra vanidad, que brilla apenas
para perderse en el eterno olvido;

todo, mezclado con mis propias penas,
condenaba mi intento temerario
y el calor apagaba de mis venas.

Me pareció que de su oscuro osario
alzábanse los muertos con estruendo,
envueltos en su fúnebre sudario.

Helóseme la sangre, y revolviendo
con ímpetu el rendal, gané la puerta,
de mi conciencia amedrentada huyendo,
lívido el rostro y la mirada incierta.



CANTO SEGUNDO.

INSOMNIO.

Mi caballo, sintiendo el acicate
y no la brida, abandonada y suelta,
salió escapado con furioso embate.

La atropellada multitud, envuelta
en el espeso polvo del camino,
me apostrofaba enérgica y resuelta.

Pero yo, como el raudo torbellino
que al través de los bosques se abre paso,
avanzaba frenético y sin tino.

Falto de aliento, de vigor escaso,
iba como la seca y móvil hoja
al impulso del viento y del acaso.

Poco á poco el temor y la congoja
fueron cediendo; recobré el estribo,
con mano firme aseguré la floja

y descuidada rienda, erguíme altivo,
y lentamente hacia el paterno techo
retrocedí cansado y pensativo.

Arrojéme sin fuerzas en el lecho,
y contra mí frenético y sañudo,
herí mi frente, desgarré mi pecho.

Como si atara mi garganta un nudo
pugnaba por gritar, y no podía,
porque el dolor que se desborda es mudo.

¡Noche de insomnio, noche de agonía,
que vives ¡ay! en mi memoria impresa
con indelebles rasgos todavía!

¡Aún tiemblo de pavor! Al hacer presa
la calentura en mí, formas extrañas
se destacaron de la sombra espesa.

Híbridos monstruos, fieras alimañas,
trasgos y espectros espantosos, hijos
del fuego abrasador de mis entrañas,

al par deslumbradores y prolijos
revolaban en torno de mi frente,
con sus ojos de luz, siempre en mí fijos.

Y en el círculo tú, resplandeciente
como la estrella matutina, muda
como el pudor, como el amor, ardiente,

mostrándote á mi afán, medio desnuda,
confuso el rostro, palpitante el seno
cual la virtud que desfallece y duda,

con blando halago, de promesas lleno,
como nunca gozaron los mortales,
soltabas ¡ay! á mi pasión el freno.

Yo, rompiendo los diáfanos cendales
que te envolvían, con hambrientos ojos
devoraba tus formas virginales,

y esclavo de mis lúbricos antojos,
vencido por el lánguido embeleso
de tu húmeda pupila y labios rojos,

de mi amante ilusión en el exceso,
extático y dichoso hubiera dado
mi eternidad de gloria por un beso.

¡Por un beso no más! Desesperado,
atropellando la medrosa hueste
de monstruos que giraban á mi lado,

quise alcanzarte, aparición celeste,
y las manos tendí con desvarío
para rasgar tu inmaculada veste;

pero hallé un esqueleto hórrido y frío
que al deshacerse en mis convulsos brazos
exclamaba llorando:—¡Ay, amor mío!—

Y bajo la opresión de estos abrazos
de muerte, de estos punzadores goces,
mi corazón saltaba hecho pedazos.

Y otra vez, dando incomprensibles voces,
volvían los abortos del mareo
á perseguirme airados y veloces.

Y otra vez, ofreciéndote en trofeo
á mi imposible amor, te descubría
más cerca y más radiante mi deseo...

¿Cuánto duró la fiebre? No sabría
decirlo: sé que sonrosada y bella
calmó mi ardor la claridad del día.

¡Ay! á juzgar por la profunda huella
que el dolor dejó en mí, duró las horas
de mi edad juvenil la noche aquella.

Huyeron las visiones tentadoras
á la naciente luz, con manso ruido
batió el sueño sus alas bienhechoras,

y como el gladiador, que ya rendido,
el postrer golpe resignado espera,
cerré los ojos y perdí el sentido.

Ya el sol en la mitad de su carrera,
desparramaba sobre el ancho mundo
su fúlgida y dorada cabellera,

cuando saliendo yo de mi profundo
letargo, alcéme triste y macilento
como vuelve á la vida el moribundo.

En medio de mi vago aturdimiento
recordé tus ofensas, tan contrito
como espantado de mi loco intento,

y buscando el perdón de mi delito
estos versos tracé, que de buen grado
hubiera con mis lágrimas escrito:

—

«¡Oh Blanca! Cierto que la culpa mía
es grande; ni la oculto ni la niego:
pero vencido por mi humilde ruego
Dios al mismo Luzbel perdonaría.